

ner, el rey de Aragon, sea quien fuere, está siempre obligado á hacer bien á dicha villa de Peralada en general, y particularmente á cada uno de sus naturales; y asimismo al señor de la villa, que, segun es fácil de saber, perdió todo cuanto tenia en servicio del señor rey de Aragon, como me sucedió á mí y á otros, que habiendo perdido gran parte de lo que allí teniamos, no hemos podido volver despues, antes hemos tenido que correr el mundo, buscando fortuna, á fuerza de mal trabajo y de muchos peligros porque hemos pasado, como que la mayor parte de los referidos habitantes han muerto en dichas guerras de la casa de Aragon.»

Hé aquí por donde hemos podido decir con toda exactitud, que la accion heróica de la Mercadera era fruto del espíritu que alentaba á todo un pueblo. Cuando la atmósfera que se respira, está impregnada de patriotismo, los arranques individuales, si enaltecen al héroe, honran al pueblo del que ha tomado el héroe los sentimientos que le inspiran.

Las ruinas de Peralada, ofrecidas gustosamente en holocausto al amor de su rey y de la honra patria, son la mejor y mas venerada tumba de heroínas como la Mercadera. Y así como nadie pregunta por las tumbas y los epitafios de los indómitos defensores de Sagunto y de Numancia, porque su tumba es la historia, y su epitafio consiste en la inmortalidad de la fama; así tambien cronistas é historiadores han enaltecido mas y mas á la Mercadera de Peralada, dejándonos ignoradas las circunstancias de su muerte y sepultura.

Tal vez sucumbió entre las incendiadas ruinas de una villa que si daba mugeres valientes para rendir á soldados armados de todas armas, daba tambien hijas que, fortalecidas por la fè y el patriotismo, esperaban con tranquilidad una segura muerte al pié de los altares; tal vez halló mas fatigoso, aunque no menos admirable, término á su carrera por montes y breñas preferidas como morada por los que lo aceptaban todo, menos rendirse al extrangero. Sea como fuere, la Mercadera de Peralada ha encontrado en las crónicas una mas enaltecida y respetada tumba que tiene por epitafio la inolvidable fama de una accion heróica.

Y así como el patriotismo de la Mercadera no era privativo, sino que arrancaba del patriotismo de todo el pueblo de Peralada, así el alto ejemplo de esta villa hubo de revelar en otras partes lo arraigado y eficaz del sentimiento patrio. Otra poblacion, mas importante todavía que Peralada, ofrecióse á sepultarse en sus ruinas, si así convenia al bien público y á las exigencias de la defensa contra el extrangero <sup>1</sup>.

De esta suerte viene á quedar comprobado por varios, pero acordados, hechos el alto valer de una accion heróica, pocas veces consignada en crónicas é historias, si es que tuvo ejemplos anteriores ó ha obtenido posteriores imitaciones.

En brevísimo espacio de tiempo sucedieron al heroísmo de La Mercadera, la resignacion cristiana de otra muger que al pié de los altares se hace mártir por la patria, el sacrificio de todo un pueblo que por su Rey y por su patria consiente gustoso en perder sus hogares y haciendas, y el ofrecimiento generoso y raro de otra poblacion que por los mismos y levantados objetos se apresta á convertirse en ruinas y cenizas.

Arranques de tal naturaleza ni son frecuentes ni son comunes á todos los pueblos. Para producirse han menester el arraigo de gran-

<sup>1</sup> Castellon de Ampurias, por boca de sus prohombres, ofreció al Rey D. Pedro pegar fuego á la poblacion, abandonarla, y seguir, junto con sus mugeres é hijos, al monarca aragonés á donde fuese.

Y para que se vea el fundamento en que descansa esta noticia, transcribimos á continuacion las textuales palabras de Montaner: «Si que tantost com los prohombres saberen que Peralada era estada cremada per los almugavers, sen anaren a llur senyor, lo compte, e digueren li:—Senyor, digats al senyor rey Darago qui ve, que si ell e los cavallers volen entrar en la vila, queu poden ofer; mas no volem que almugaver negu hi meta lo peu; que aytal farien de nos com han feyt de Peralada. E pregam vos, quens donets consell, que volets que nos façam; que sius volets, nos som prests e aparellats que desampararem Castallo, e queus seguirem ab nostres mullers e ab nostres infants, e nos mateixos metrem foch á la vila..... E lo compte respos e dix los:—Prohomens, yo exire cal senyor rey, e exits hi XX de vosaltres qui parlen per tota la vila, e aixi veurem lo senyor rey que volra ne manara; que tot quant ell volra vul jo que sia feyt.—E senyor, digueren los prohombres, he deytis.

«E tantost cavaleca lo compte, e anaren ab ell XX prohombres de Castallo, e trobaren lo senyor rey qui era prop daquí; e tiraren lo ca una part lo compte e los prohombres, é apellaren hi linfant Nanfos que hi era, e richs homens que hi havia. E tantost los bons homens començaren a dir li a llur senyor, lo compte, ço que ja li havien dit. E com lo compte los haeh escoltats, e ells bagren fenida «llur raho, lo compte dix al senyor rey:—Senyor, he havets entes ço que aquests prohombres man dit, e yo, senyor, respondrels davant vos ço quels resposi en ausencia vostra: e responch los axi, que ço que vos, senyor, volrets dir ne manar dells e de tot lo comptat. «que axi vull quès segueixca. E si volets vos, senyor, que yo mateix hi meta foch, encontinent será feyt. Que per cert, mentre vida «haja el cors, de la vostra carrera yo nom partiré.» *Crónica catalana, cap. CXXVI.*

Para complemento de noticias añadiremos que al poco tiempo, y obtenidos ya notables triunfos, el Rey de Aragon pensó en recompensar los sacrificios hechos por la villa de Peralada, reconstruyéndola, y dispensando á sus habitantes muchos dones y gracias. *Montaner, obra citada, cap. CXL.*



des sentimientos, y una generacion en que hallen atmósfera propia las almas de gran temple.

En un pueblo y en circunstancias en que el heroísmo tuvo tantos émulos, bien se comprende, por extraordinaria y singular que parezca, una heroína como *Na Marcadera* de Peralada.

## DOÑA MARÍA DE PORTUGAL,

MUGER DE D. ALFONSO XI DE CASTILLA.

## I.

Muestras de asombrosa virilidad fueron legadas en crecido número á la historia por la altiva raza de los españoles, atareados por espacio de setecientos años en la reconquista de su patria.

Para luchar, sin un momento de desánimo, con la belicosa raza de los árabes invasores, se necesitaban héroes, y España los tuvo. Vidas y haciendas gastaba pródigo el pundonor de los españoles, ofreciéndolas como generoso tributo al levantado pensamiento de la expulsion de la media luna; y ¡qué era sacrificar vidas y haciendas! La vida propia se tiene en menor estima que la vida de un hijo, y los españoles engendraron Guzmanes que no vacilaban un punto entre la vida de un hijo y la lealtad á la patria.

Por espacio de siete siglos de no interrumpida lucha, no conoció España una generacion que desmereciese de sus antecesoras. Hijos engendrados en la altivez de raza, fueron altivos y pundonorosos como sus padres; educados en el valor y en las proezas, supieron hacerse familiar el heroísmo y asombrar al mundo con el menudear de las hazañas propias.

Mas, si esas muestras de virilidad no merecen por cierto ser consideradas como cosa chica y de un valer disputable, no constituyen sin embargo por sí solas el portentoso cuadro de la pujanza de la